

X

LA NAVAJA ROJA

El lector recuerda sin duda que Ali-Akmet profesaba especial ternura por Amy Sabielo. Encargado de la educación de las niñas, pasó durante aquel período, tan feliz como breve, horas deliciosas antes aún de que la voz de su corazón le enterase de cuál era la naturaleza de los sentimientos que le inspiraba la muchacha, en el alma de la cual leía él como en libro abierto, ó se lo figuraba por lo menos, pues es lo indudable que jamás pudo descubrir en ella síntoma alguno por el que poder venir en conocimiento de si su pasión era ó no correspondida.

La abnegación de su familia por las hijas de Ricardo Sabielo, abnegación en la cual abundaba él á su vez, como si la hubiese heredado de sus padres, habría quizás sido suficiente para impulsarle á emprender los largos y peligrosos viajes que realizara más tarde sin otro objeto que el de buscar, provocar y exterminar al asesino de la madre de las huerfanitas. Pero más aún que eso pesó en su decisión el amor que Amy le inspiraba; ¿no se hacía en efecto, necesario, indispensable, un acto de justicia para apartar de una vez y para siempre la espada de Damocles suspendida sobre las huérfanas, cuya tranquilidad y existencia amenazaba?

Claro es que en sus ambulaciones á través los bosques

de la India, el doctor árabe, exaltada su imaginación por la distancia que le separaba del objeto de su amor, hubo de acariciar más de una vez la espléndida esperanza de ver su mano aceptada por la hermana de Edméé, convertida en fin en compañera de su vida. Sin embargo, apenas de regreso de Ceilán, dicha esperanza hubo de abandonarle. Las pupilas del marqués eran opulentas herederas cuyas manos debían disputarse los muchachos más ricos de la alta burguesía y aun los de la nobleza. Además, y la importancia de esto no podía ocultársele á Ali, él había perdido no poco de su belleza física, que en cuestiones de amor es un elemento de éxito, desde que tuvieron lugar sus terribles aventuras de la Palk-Bay.

Estaba pues tan enamorado como el primer día, pero en absoluto huérfano de esperanzas; y habiéndose jurado á sí mismo cumplir hasta el fin su misión de guardián caballeresco de las dos huérfanas, hubo de ahogar en su pecho ya que no su amor, las angustias que éste le proporcionaba, y ni Amy ni nadie pudo conocer los sufrimientos morales de que el buen doctor era víctima voluntaria.

Ali-Akmet era en realidad hombre de otra época.

Nada de crímenes, nada de venganzas, nada de apoderarse por la fuerza del bien ambicionado. En lugar de todo eso, sus sentimientos no le inspiraban otra cosa que una inextinguible sed de abnegación y de martirio.

De martirio, sí, porque á él habríase resignado si de tal modo hubiera podido hacerse agradable á la mujer amada. Una palabra de ella, y, de todo punto incapaz de negarle nada, habría ayudado, con la muerte en el alma, al matrimonio de Amy con un rival afortunado, antes de reintegrarse al otro extremo del mundo para morir allí de pena.

Aquel día memorable, el expreso de Bretaña habíalos dejado, á él y al marqués en la estación de Montparnasse, antes de lo que pensaban ambos. Tomaron allí un coche para trasladarse al palacio de la Avenida del Bosque de Bolonia, y ya había el carruaje recorrido esta en casi toda su extensión, cuando los dos se estremecieron al oír, en el blando silencio de la mañana que comenzaba, el grito lanzado por la mulata Flavia. Aco-

sado, como siempre lo estaba, por siniestros presentimientos, faltándole el tiempo para correr en auxilio de sus protegidas, Ali-Akmet había saltado del carruaje, con gran espanto del marqués, y atravesado en rápida carrera el corto espacio que le separaba del hotel.

El lector sabe ya cómo penetró en éste, sin que obstáculo alguno resistiera á su fuerza hercúlea triplicada en aquel momento por la exasperación y por el temor de lo que pudiera haber ocurrido.

Al encontrarse con Amy tendida en el suelo, cubierta de sangre y privada de conocimiento, los ojos de Ali se inyectaron, y hubo de parecerle que algo, esencial á su vida, se rompía en lo más profundo de sus entrañas.

La joven respiraba aún. ¿En virtud de qué milagro?

Esto se preguntó Ali, conocedor en la materia.

Bien sabía él de dónde había partido aquel golpe.

No ignoraba tampoco que sólo una víctima de la navaja de Enrique había podido escapar con vida hasta entonces, y está al precio de sufrimientos inauditos. Sabíalo por experiencia, pues que esa única víctima salvada, nacida mejor dicho, por segunda vez, era él mismo.

Ali observó rápidamente que la blanca envoltura que cubría á su ídolo hallábase profanada. El collar, estigma á la vista del cual había debido turbarse y temblar el asesino, rezumaba purpurinas perlas.

— ¡Desgraciado de él! ¡Desgraciado!

Al mismo tiempo que Akmet pronunciaba este anatema al modo de juramento de venganza próximo á cumplirse, había anudado en sus brazos hercúleos el insensible cuerpo de Amy, y estrechándole contra su pecho habíase lanzado con él, corriendo como un loco, á lo largo del corredor. Chispeaban sus ojos de tal modo, había en su boca crispada tal rictus espantable, que Jaffary, viéndolo aproximarse se detuvo para dejarle franco el paso, sumiéndose en un hueco del muro preso de verdadero miedo y sin atreverse á preguntarle cosa alguna.

Llevando en brazos su preciosa carga, Ali entró como una bomba en el cuarto de la joven y la depositó en el lecho con objeto de prodigarle los primeros cuidados.

No parecía grave la herida. La cosa era en verdad extraña teniendo en cuenta la mano dura que la ocasionara. Más aún : parecía insignificante. Sin embargo, Ali no se atrevió á deducir que todo peligro había desaparecido. No; en un caso como aquel, lo de menos, puesto que la herida parecía superficial, era el efecto, y lo de más la causa. ¿No había él visto en el decurso de sus estudios y durante su vida lesiones menos importantes aún que aquella, determinar la muerte en plazo breve?

Mientras con auxilio de un frasco de sales procuraba devolver á Amy el conocimiento, pensaba Akmet en estas cosas y se decía, formulando en voz alta sus pensamientos :

— El mal visible no es nada; lo que precisa investigar es el mal desconocido. Yo no puedo creer aunque me lo juren, que el brazo del antiguo jefe de los Cristal-Daggers se haya debilitado; lo he visto hace muy poco tiempo, y no me es posible admitir esa hipótesis, que me parece absurda. ¿Por qué pues su cuchillo no se ha hundido en este cuello? ¿Qué es lo que ha podido impedirle realizar su siniestro propósito? ¿Cómo es que se ha limitado á hacer una herida inofensiva, torpe hasta cierto punto? Yo no encuentro más que una explicación plausible á este misterio; sí, y esa explicación explicaría á su vez la persistencia de este desmayo... Amy ha debido asustarse de tal modo que sin duda se desplomó en el suelo en el mismo momento en que el criminal descargaba el golpe...

La hipótesis de Ali era en verdad aventurada. Sin embargo, estaba en lo cierto.

Tal como él lo suponía hubo de pasar el drama.

A todo esto cuantos medios empleaba para devolver el conocimiento á la joven resultaban infructuosos, y si bien le tranquilizó desde luego el examen de la herida, su intranquilidad en presencia del largo desmayo iba acentuándose más á cada momento.

Enamorado profundamente de Amy, el doctor Akmet angustiábase ante aquel cuerpo rígido, como si el velo de la muerte se extendiese sobre la espléndida criatura, que era para él objeto de todos los afanes y motivo único de existencia.

En cambio como médico, como hombre de ciencia, no

podía admitir como imagen de la muerte un síncope más ó menos prolongado, aun cuando no dejaba de pensar en que más de una vez oyera decir que no pocas personas privadas de sentido por un terror invencible habían comenzado su eterno sueño por un estado comatoso semejante á aquel al que procuraba poner término en aquellos momentos.

De aquí el extraño sentimiento de angustia que le oprimía el corazón.

Detenidas en sus párpados, quemándose, y sin fuerza para rodar, había lágrimas candentes que Ali no pretendía siquiera disimular; como tampoco procuraba que corriesen, por saber que el llanto es á veces un consuelo, y no desear él ser consolado.

La inutilidad de sus esfuerzos calocábale en insostenible perplejidad que él mismo no acertaba á comprender. En cambio comprendía bien que su sufrimiento moral era horrible y hallábase á punto de maldecir la vanidad estúpida de una ciencia como la Medicina, cuyos recursos son tan limitados.

Dejó á un lado, por inútil, el frasco de sales y disponíase ya á emplear remedios más enérgicos, cuando la puerta se abrió bruscamente, entrando Edmée en la estancia y yendo á arrodillarse ante el lecho en que yacía su hermana.

Ali, presa de gran turbación tal como nunca la sintiera, no tuvo siquiera tiempo para buscar una frase que confortara un tanto el ánimo de la hermana de Amy; abriéndose por segunda vez la puerta, dió paso al marqués, tras el cual penetraron el ayuda de cámara y el cocinero portadores del bretón Jaime desmayado.

Cuando el marqués vió á la mayor de sus dos pupilas y pudo observar que el collar sangriento era algo más que una marca, cubrióse su cara de mortal palidez.

— ¡ Muerta ? — preguntó con voz ahogada.

Ali movió la cabeza en sentido negativo.

— ¡ Yo la salvaré ! — dijo con energía.

Una mirada de gratitud de los hermosos ojos de Edmée, preñados de lágrimas en aquel instante, recompensó al doctor por sus palabras.

Las pobres piernas del anciano marqués parecían aún

menos sólidas que cuando penetrara en el cuarto. Sin embargo, se aproximó á la cama y depositó un beso en la frente de Amy. Volviéndose luego hacia el doctor y esforzándose por mostrarse tranquilo, en la apariencia al menos,

— Ali, — le dijo señalando con el dedo á Jaime al que los criados acababan de extender sobre una *chaise-longue*; — ahí tiene usted un muchacho que acaba de pelearse en la Avenida con un hombre que salía de este hotel. Parece ser que tiene un recado para mí, y esto me hace sospechar que tal vez se trata del sobrino de ese hombre á quien hemos ido á ver en Bretaña. Vea usted de que vuelva en sí. Tal vez pueda darnos algunas explicaciones acerca del autor del atentado de que nuestra querida Amy acaba de ser víctima...

Sin esperar á que el marqués terminara su frase, el abnegado protector de las dos huérfanas habíase acercado al herido. Deseaba despachar con él cuanto antes para volver al lado de su enferma.

— No hay herida aparente, — murmuró después de reconocimiento visual. — Tal vez en la espalda...

— Con permiso del señor doctor, — insinuó tímidamente Pedro, — me parece que algo tiene en la cabeza...

— Sí, también lo creo yo así; — añadió el marqués.

— Pronto lo sabremos; — dijo Ali. — Vengan unas tijeras grandes... esas; sostenga usted la cabeza, Pedro... Así; aparte ahora un poco los cabellos...

Tenía el bretón abundante y rizada cabellera rubia, de tal modo alborotada en aquel momento que parecía una selva virgen.

El ayuda de cámara hundió en ella los dedos, retirándolos enseguida enrojecidos y dando evidentes muestras de desagrado:

— ¡ Sangre !

Ali, sin preocuparse, cortaba el pelo al bretón con habilidad y presteza. Reconoció luego minuciosamente el cráneo y se incorporó, exclamando:

— ¡ Es extraño ! no tiene nada, absolutamente nada.

— También me parece á mí singular, — dijo el marqués. Sin embargo, su desmayo...

— Su desmayo es consecuencia del choque, que ha

debido ser rudo; pero no es nada. Ya verá usted como no tarda en volver en su acuerdo.

En el momento en que Ali se disponía á ordenar que se llevasen al joven, Pedro, que decididamente era un observador, hubo de exclamar:

— Si el señor doctor lo permite, le haré observar que ahí en el pecho también parece así como si hubiere sangre...

— Veamos.

Rápidamente, sin andarse por las ramas, Ali-Akmet rasgó la camisa de Jaime en cuya pechera sin planchar aparecían en efecto algunas manchas de sangre, y palpó el tórax.

— Tampoco. ¡ Nada, ni un rasguño!

Una exclamación enérgica del doctor hizo aproximarse á todos los circunstantes. Acababa de encontrar algo extraño. De la abertura por él mismo hecha en la camisa del joven sacó la mano, armada de una navaja abierta.

— ¡ Veán ustedes! — dijo.

El marqués, Edmée y los dos criados lanzaron una exclamación de sorpresa á la vista de aquella arma.

Jaime, como para dar razón al doctor, lanzó á su vez un suspiro; comenzaba á recobrar el conocimiento.

— Esto, — dijo Akmet señalando la navaja, — es la mejor de las pruebas de convicción que hubiéramos podido desear. Sólo la casualidad ha podido arrancar su dardo al monstruo. Me parece que estoy viendo lo que ha ocurrido. Cuando este mozo hundió su cabeza en el estómago del hombre que escapaba del hotel, debía tener el bandido la navaja abierta, envainada tal vez en la cintura del pantalón. Los cordones de la camisa de este infeliz debieron enredarse en el arma quedándose con ella al rodar el pobre, conmocionado por el choque de su cabeza contra el mango, que es de cuerno, como ven ustedes...

— Sí, pero ¿ y esa sangre? — preguntó el marqués no muy convencido.

— ¿ No lo adivina usted, de veras? — replicó Ali levantando la voz. — Esa sangre estaba ya en la navaja, y es la sangre de una virgen joven y hermosa... Vea usted, marqués; vea usted este axioma español grabado en

huevo en la hoja: « *Sin quererlo lo mato.* » ¿ Adivina usted ahora? ¿ Comprende usted que tenemos en nuestro poder la navaja de...

Detúvose de pronto.

Reparó en la presencia de los criados, y no quiso citar nombre alguno delante de ellos.

— ¿ Comprende usted que ésta es el arma que hirió á Malaquea Sabielo, á la baronesa de Eparville, al Shaif...

— Y á Medarina la gendarme, y á Sabina de Closmesnil y á Julieta la Camarona, las tres muchachas de vida alegre, y por último, á la que descansa ahora sobre esa cama y que es la postrera víctima; — dijo de pronto otra voz.

Era la voz de Flavia la mulata, quien entraba en aquel momento en la habitación en compañía de Jaffary y que acababa de añadir cuatro nombres á la lista comenzada por el doctor.

Al pronunciar las últimas palabras su índice se tendió en dirección al lecho en el que descansaba la hermana de Edmée.

Era tan profunda la emoción que dominaba á todos los circunstantes que ninguno de ellos pensó siquiera en preguntar á la mulata quién era, de dónde salía, ni cómo habíase procurado los detalles que acababa de facilitar.

— ¡ Ah, bien me decía mi corazón que esta sangre no podía ser otra que la sangre de Amy; — exclamó Ali-Akmet llevando á sus labios la navaja. — Pero ese asesino ha acabado de hacer víctimas.

— Yo puedo asegurar que hay señaladas seis más; — dijo la mulata. — Tres hombres, que son el marqués Trogoff de Kerbiroët, el Shaif y el doctor A... y tres mujeres, las dos señoritas de Kerbiroët y yo, amiga de las muchachas asesinadas.

Aun cuando las circunstancias eran solemnes, las últimas palabras de Flavia, por las que hubo de revelar su verdadera condición social, causaron penosa impresión en los allí presentes, tanto más cuanto que la mulata las pronunció con cierto énfasis, como si tuviese á orgullo en confesar su miseria moral.

Fuera, en el pasillo, agrupados á la puerta de la habi-

tación los demás criados del hotel, vestidos ya como personas en el ejercicio de sus respectivas funciones, escuchaban lo que se decía en el cuarto. La siniestra aventura ocurrida, había disipado en sus cerebros los vapores del champaña absorbido la noche anterior en el baile y en el restaurant, y ahora temblaban ante la perspectiva poco alegre de ser despedidos en el acto, sin darles siquiera tiempo á buscar nuevas colocaciones. ¿Dónde irían? Esto se preguntaban todos, especialmente Claudina y Pauleta, en cuyos rostros no se advertía ya la menor señal de cansancio: antes al contrario, parecían más frescas y más jóvenes, gracias al empleo de un poco de crema substraída subrepticamente del tocador de Edmée.

La agitación que dominaba ya á Alí desde que viera herida á la joven huérfana objeto de sus amores, parecía haber aumentado al encontrar la navaja entre los pliegues de la camisa del bretón Jaime. Era indudable que la cólera contra el autor del cobarde atentado, cólera tanto más terrible cuanto más sorda, rugía furiosamente en el pecho del que fuera un día Shaif en la India y era al presente el único apoyo verdad de las hijas de Malaquea Sabielo.

Aproximóse de nuevo al lecho en que yacía Amy, y arrodillándose ante el cuerpo aun exánime de la joven extendió el brazo en la actitud ordinaria del juramento y pronunció con amargura, pero enérgicamente al mismo tiempo, estas palabras:

— Amy, mi hija, mi hermana, mi esperanza, y compendio de todas mis ilusiones, sea cual fuere tu suerte, lo mismo si mueres que si retornas á la vida, mi venganza contra el que ha osado tocarte será terrible. Morirá ese hombre; pero morirá de muerte ignominiosa, horrible y lenta. Sufrirá todos los martirios que él ha hecho sufrir á sus numerosas víctimas, aun cuando para ello me viera precisado á arrancarle su corazón de fiera... ¡Te lo juro!

— ¡Yo juro matarle! dijo Edmée con energía.

Igual juramento hicieron la mulata por una parte y por otra Jaime el bretón, ya repuesto del síncope que le ocasionara el trastazo dado poco antes, al chocar su cabeza contra el mango duro de la navaja del asesino,

de la misma que en aquel momento se hallaba entre las manos del doctor.

También prometió algo el marqués. Prometió poner su fortuna entera al servicio de la venganza.

— ¿Pero quién nos pondrá al alcance de ese hombre?

— preguntó Alí-Akmet.

— Yo.

— ¿Usted?

— Sí, yo; — replicó Flavia la mulata que en aquel momento pensaba en su padre y en el partido que sería posible sacar de la complicidad de éste en el complot contra Enrique. Y como le pareciera ver cierto movimiento de incredulidad en algunos de los presentes, añadió enseguida:

— Conozco á un hombre que está á su servicio, y con el cual cuenta en absoluto el asesino. Pues bien, ese hombre me pertenece á mí mucho más que á él.

Un momento de silencio siguió á esta imprevista declaración. De la calle subía, monótono y confuso, el eco de cantos lejanos. Las voces femeninas dominaban la nota baja dada por los hombres. Todos, con voces avinadas, roncas, desagradables, celebraban el entierro de la fiesta carnavalesca. El coro infernal que en aquel instante desfilaba ante los balcones del hotel en duelo, era la última nota, el último suspiro de la bacanal celebrada durante veinticuatro horas; y la copla desentonada por cien voces inseguras, era como un insulto al sol naciente, que se mostraba ya en el horizonte, en todo el esplendor de su belleza.